

LAS TRADUCCIONES DEL INSOMNIO

sobre Dulce María González

Hace tiempo Jeannette Clariond me invitó a participar con un texto para un libro póstumo de mi amiga Dulce María González, una de las voces más prolíficas y congruentes de las últimas décadas en el ámbito literario de Nuevo León. *Descendencia* es el título publicado por Vaso Roto Ediciones.

Desde siempre he sabido que las relaciones más complicadas no son las del odio, como pudiera pensarse, sino las del amor; con todo y esa certeza acepté participar en el texto. Difícil hablar de Dulce. Difícil hablar de su obra sin hablar de Dulce.

Escribir el texto me parecía doblemente complicado porque cerraba no solo el último libro de Dulce María González, sino también la vida misma de su autora y un enriquecimiento personal que espero haya sido mutuo.

Antes del recuento de su *Descendencia*, Dulce María González entregó a sus lectores *Lo perdido*, un título

contradictorio si vemos que, en realidad, el libro está tejido por lo que se ha recuperado de la vida, por lo que no deja de asirse ni en el último momento.

Con *Lo perdido* y *Descendencia*, Dulce se despide de su vocación, de su pasión por la escritura, de su familia, de sus amigos: de su vida. No es extraño entonces que estos libros estén llamados, por la circunstancia, sí, pero más por la potencia de su escritura, a convertirse en los dos últimos cantos que quintaesencian el recorrido de una vida vivida para las letras.

Si en *Descendencia* Dulce María llega “como perdida”, “como en una película de Kubrick” a su escritura final, en un extravío afortunado que provee de sorpresa y deslumbramiento sus últimos días, en *Lo perdido* nos comparte, generosa y precisa, económica y profunda, lo encontrado. Su libro, este libro, nuestro libro, es eso: lo que ella encontró en sí misma y decidió, como todo en su vida, cedérselo a los demás.

♦ LUIS AGUILAR

Aquejada por el cáncer, Dulce María —una mujer que siempre quiso *saber*— sabe finalmente que está obligada a despedirse. Fue siempre inteligente y pensar en ella como un ser esperanzado frente al evidente vacío es improbable: supo, a tiempo, que estaba muriendo. Y desde esa posibilidad, desde esa certeza, comenzó a construir, con la voz clara que caracteriza toda su obra literaria, la parte final de una presencia ya inquestionable en las letras mexicanas, su gran cierre.

El lenguaje, que fue siempre su arma y escudo, suele ser difícil, duro en muchas ocasiones; y el ser humano tiene la tendencia natural de matizarlo, de suavizar lo áspero. No creo que Dulce María lo haya siquiera pensado. Descubrió

en el momento justo que una de las prerrogativas del moribundo es apurar las traducciones del insomnio.

En esta tarea se embarcó, con las fuerzas que le quedaban, para iluminar los dos libros que, aunque separados, están irremediabilmente unidos por la perspectiva reveladora del misterio de la partida.

Pero este misterio —revelado a Dulce María por su enfermedad— no nace de la convalecencia o un abandonarse a sí misma, no en la despedida ni en la pérdida donde se cultiva. *Lo perdido*, paradójicamente, es en ella parte de lo que se sabe ganado de una vez y para siempre, lo irrenunciable.

Su voz nace de la salud espiritual y su convencimiento de que la mejor forma de eliminar el dolor es sopesarlo, medirlo, acunarlo; nos plantea la renuncia como salvación, como posibilidad de continuación hacia el último plano de la existencia terrena.

Este misterio extraordinario nace en otra parte, en una cadena todo-tiempo, todo-espacio; nace en el *saber* porque sus misterios suman, no restan; narran, no lloran; responde y pregunta, pero transparenta cualquier interrogatorio con esas prerrogativas de conocer, por primera vez, el futuro concreto.

La luz que Dulce María González enuncia en *Lo perdido* no es diferente. Toda su obra fue un saber estar y retratarlo, siempre libre de ataduras; no participó del regodeo de la tragedia ni se apuró por convertir la belleza en testamento,

conseguirlo ha sido más producto de los alcances de su talento que de algún propósito gestionado ante la prisa.

Su luz no proviene de divinidad alguna ni de búsquedas improbables de salvaciones a última hora, sino de la palabra; nace del fruto de los hechos concretos que fueron, alguna vez, atisbos felices; parte de una memoria rescatada, de dolores resarcidos por el recuerdo.

Estos textos provienen del rescate necesario de esa memoria, porque para poder olvidar —desprenderse— es necesario recordarlo todo, apostararlo todo, mirar con los ojos de hoy las cosas de ayer y mirar con los ojos de hoy las cosas de mañana.

Su obra surge para la poesía a partir de la reconstrucción de lo que le queda de vida con la vida que

supo desmenuzar en tiempo y forma, en las confesiones de los relámpagos y los sombreros de los magos —es decir, en lo insondable—.

Dulce María cierra su producción literaria pero cierra, a un tiempo, su compromiso con la vida. Y en este cierre no hay añoranza vana ni arrepentimientos tardíos: hay, sí, un orgullo notable por lo alcanzado, por la capacidad que tuvo de ver la vida a detalle; hay una seguridad en lo vivido como aquello que resulta, al final, la única certeza que tenemos, como asienta en “Cuerpo habitado”:

En la tierra de la creación
Los libros nos crecen en el vientre
Y encajan las costillas de sus lomos
En páginas donde se agazapan
Voces
De otros muertos

Su palabra se convierte en luz, pero no en una luz divina sino en una pragmática desde la que discurre su saber estar como ha sido destinada —o condenada— a estar. No hay en ella aspavientos ni dramas; hay, sí, valentía extrema al asumir la muerte próxima. No hay posibilidades ni elección: decirse es la única manera de permanecer, es ver la otredad y contarse mutuamente que aquí estuvieron, la otredad y ella misma, marcadas por su irrenunciable destino, ese que tejió de palabras todos sus momentos y que le ayudaron a dilucidar lo importante, como queda en “Escritura”:

Un costillar de lomos cuando subo
a las tablas
un diluvio y su arca
una montaña azul
las voces de la biblioteca
me llaman
el temporal
mis libros ausentes
el resto es un gusano que se retuerce
sobre un fémur.

Es curioso y contrario al pensamiento lógico que, en medio de la escasa salud, este sea un libro enteramente luminoso, pero lo es. Es un libro que nace del dolor pero se mueve hacia la dicha; que crece desde el pasado para mostrar al presente —y al futuro— la felicidad de lo vivido

y las apuestas de la memoria; no enseña, repito, aquello que se pierde en una vida sino aquello que se encuentra.

Dulce María avanza como en medio de sombras ligeras para contarnos esos momentos de cristal, transparentes y lúcidos, donde la vida discurre igual que se le escapa; donde recoge para el lector —para nosotros— el filo deslumbrante de la poesía tallada a mano sobre los vidrios astillados.

Ella ronda un poco de locura del no saber estar, es verdad, pero como algo contrario a su estadia terrena y última, pues el saber estar requiere comprensión sobre el entorno, no cerrar candados a la vida, sino abrirlos; no abrir candados a la escritura, sino desaparecerlos.

Dulce alcanza en su última escritura una condición de ángel, de cielo, de divinidad dada a la fuga ante su decisión de permanecerse fiel a sí misma hasta la muerte, como de manera grotesca y fuerte se asume ausente ya en “Hallazgos en la biblioteca de mi difunto”:

En lo alto de la silla el enjambre de libros:
Marcuse, Fromm, Simenon, Lobsang Rampa
El libro de Rampa tiene un sello con sus datos
y una fecha con su letra inconfundible
debajo
mi nombre de pila
Intento verlos como si no fueran libros
y mis ojos no estuvieran envueltos por la niebla

Dulce María, la madre, la amiga, la maestra, la generosa tallerista, confronta las limitantes de lo que le resta de vida solo para sanar la llaga de la temporalidad del hombre, de la mujer, en un poema, en un gesto, en una voz que redime las formas de vivir cuando hay que morir.

A Dulce —y parafraseo a la autora desde el poema “El misterio de su vida”, contenido también en *Lo perdido*— “la pusieron en la lumbre y no se movió / estaba de acuerdo con el sacrificio / después alzó su cuerpo / y ardiendo / dolorosamente / volteó a vernos”.

Lo perdido y *Descendencia*, cierran la producción de la obra de Dulce María González pero no su obra, pues en cada lector ella descubrirá nuevos alcances, otras voces, más ojos. A Dulce María no podemos hacerle una jaula ni en metales ni en maderas. Ni siquiera en tinta. Porque desde ya es un animal raro —y libre— que para siempre existe. ●